

SALVADOR VALERO. ARTISTA DE TRUJILLO. HOMBRE AMOROSO DE ACCIÓN Y PENSAMIENTOS HOLÍSTICOS

Aranguren Willy

A manera de introducción

Salvador Valero (El Colorado, 1903-Valera, Estado Trujillo, 1976) fue un hombre a carta cabal, en quien se unen toda una serie de caracteres o caminos que lo identificarán a través de su vida. Nada le fue ajeno a este hombre, cuyo camino principal lo conformó el arte, en todas sus manifestaciones. Pero su vida habría que observarla de manera holística, de forma global, continua, envolvente. Desde las artes, mejor dicho desde sus inclinaciones por las artes plásticas, por la literatura oral, por la poesía, se desprenden varias directrices. Entonces habrá en él un amor por el folklore, la religiosidad, la cultura popular; un amor por la historia patria, contemporánea o pasada; una querencia hacia el arte, amor hacia la naturaleza, el paisaje andino; apego fundamental al trabajo y una conciencia política inusual, desprendida de su concepción de la justicia social. Tomaremos para estas disertaciones la columna vertebral basada en las artes visuales. Debo confesarles que estas ideas a desarrollar se basan en el libro testimonial, único, legado clásico de la cultura popular, titulado precisamente *Salvador Valero*, escrito y compilado por el amigo entrañable, Carlos Contramaestre, ya fallecido, publicado por el Museo de Arte Popular “Salvador Valero”, a finales de los setenta. La otra referencia fundamental la tomo de los análisis de mi Maestro Juan Calzadilla. Ellos han hecho los mejores análisis en torno a la vida y obra de Valero. A ellos pues dedico estas modestas y sencillas elucubraciones.

Antecedentes

Salvador Valero va a tener unos antecedentes y ciertos caracteres que lo marcarán a través de su vida. En principio, un interés increíble por las cosas mundanas, aunado a ello, la memoria prodigiosa que fue desarrollando. Por otro lado, nuestro pueblo, sobre todo el andino, tiene predominio por la leyenda, el folklore, los cuentos de caminos reales, de los aparecidos y de los milagros, de la música de violín, de comidas exquisitas. Todo ello ayudará a incentivar la imaginación del niño y del joven Salvador que servirían de abono para cultivar y compilar, en su memoria y en sus escrituras, lo que observaba, lo que oía, lo que recogía. Amén de ello está presente una educación donde la ética, la moral (de la que él después se burló, al considerarla, falsa y pacata) están a la orden del día. La religiosidad reinante es otro punto a tomar en cuenta, aunado a ciertas experiencias álgidas vividas por su madre, cuando asesinan a su padre. La pequeña historia, bélica, montonera, más que todo contada, será un punto fundamental. En otro orden de ideas, dentro de la herencia estrictamente familiar, su padre, a quien no conoció, será comerciante, agricultor, curandero, jefe civil, hacedor de miches y alambiques, locuaz, chistoso, ocurrente y también amigo de las faldas, de corazón humanitario. Su madre será espiritual, bondadosa, de fuerte carácter, pero ingenua, “bonita y fina”, como la describe su mismo hijo Salvador.

Religiosidad y folklore en Salvador Valero

Dos de los puntos trascendentales en la creación de Salvador Valero será su apego, su relación con los motivos religiosos que en muchas circunstancias se unen con el folklore, con la leyenda, en unos casos más que en otros. En este sentido podemos examinar obras como “Un Milagro de José Gregorio Hernández”, donde se exalta la figura del llamado “Médico de los Pobres” quien aparece “doblemente”, en el recuadro, en el altar, así como en la puerta de entrada a la habitación, como imagen transparencial, invisible, etérea, acompañado de una bella luna blanquecina-amarilla que haría juego con otros elementos del cuadro: florero, vaso, vela, recuadro, áurea de la mujer y firma del pintor. Valero destaca la naturaleza (que sería otra constante en su pintura, en su imaginario artístico), el hecho sobrenatural, la creencia, la fuerza de una figura siempre emblemática para el trujillano y venezolano, marcado en nuestro gentilicio. De modo que religiosidad y folklore se reúnen

en esta obra. “Las murmuradoras” constituye otra reafirmación del folklore, de la leyenda, de la religiosidad. Si no fíjense ustedes en ciertos detalles del cuadro como los rosarios y velos de las mujeres, la presencia de los libros de rezar, la figura de Cristo, como idea, recuerdo o aparición, al final de la obra, al lado del templo católico y la “actitud psicológica” de cada una de las mujeres. Pareciera que quien lleva la batuta referida a los corrillos de pueblo es la del largo rosario, más próxima a nosotros, mientras que las otras oyen y que la vida del pueblo va trascurriendo, pueblo que podría ser Escuque, Jajó, mi lugar natal, o cualquier otro sobre todo de los Andes Venezolanos.

La religiosidad, la superchería, las creencias se encuentran de nuevo, dentro del imaginario artístico de Valero, al realizar la obra “La Mohana”, especie de bruja, de curandera, de mujer sabia. Indudablemente se trata de una manifestación de nuestro sincretismo venezolano y andino, donde se unen el folklore, la religiosidad, los mitos, los ritos. Observen por ejemplo elementos reinantes: los cuadros alusivos a los santos o a situaciones de la iconología religiosa como El Purgatorio, animales que nos vienen desde la iconología prehispánica o indígena como las ranas, los murciélagos, las cruces, las velaciones, el mito de María Lionza. La figura central aquí se agiganta, se hace mítica y sabia, poderosa en cuanto a sus conocimientos y en cuanto a “su dominio” de otras realidades recónditas. Aparece aquí, como en otras obras la perspectiva renacentista, el predominio de la figura central, como lo proponía Leonardo Da Vinci, en el Renacimiento, que Valero había estudiado, como otros temas universales, a los que haremos comentarios en su tiempo respectivo. “El día de los locos” será otro ejemplo de reivindicación de nuestro folklore, unido al día de los inocentes o las fiestas del Carnaval que a muchos nos asustó cuando estábamos pequeños; con ellos nos metían miedo bien para comernos la sopa, para hacer caso (ser obedientes), para portarnos bien. Las figuras alargadas, otra constante en la pintura de Salvador, aunque estén agrupadas o en multitud, no pierden su individualidad, su autonomía pues están hechas una por una, como si fuese un gran mural, técnica que también utilizó Valero y que lamentablemente uno de sus murales, ubicado en el Ateneo de Valera, está a punto de desaparecer, si es que ya no ha desaparecido. Sería magnífico que se recuperara ahora cuando estamos cerca de la celebración de los 100 años del nacimiento del pintor. “El día de los locos”, volviendo a nuestro tema, es pues una fiesta, una gran fiesta, donde llegan a desdoblarse

las personalidades, donde la fantasía impera, al lado de una buena música, venezolana, andina y de un buen michito.

Más adelante hará “Haciendo hallacas para la Noche Buena”, donde otra vez exaltará el medio andino venezolano, religioso y festivo, el trabajo comunitario, la mujer venezolana y andina. Lo mismo sucederá con dos obras claves del artista: “La Procesión del Niño Jesús de Escuque” y “Busca o Paradura del Niño en los Andes Venezolanos”, una mayormente masificada que la otra, ambas de fuertes colores, de recio cromatismo, de exaltación de nuestras creencias y de nuestro patrimonio. En ambas obras Salvador Valero hará loas al paisaje andino, a sus montañas, a sus crepúsculos, a su vegetación. Un ejemplo más de religiosidad y de vida de nuestro pueblo lo aportará “La Subasta de la Túnica”, en la cual, por un lado, reina la figura central de Cristo, crucificado, y por otro lado, se encuentra el público indolente, contrastando con la posición de oratoria de las mujeres (a la derecha), una especie de Sodoma y Gomorra, o una crítica hacia el mercantilismo, hacia la actitud de mercader asumida por muchos ante el dolor. Curiosamente esta obra Valero la hace acompañar de dos soles.

Amor e intereses por la historia patria o por la historia de la humanidad

Salvador Valero demostrará amor e interés por la historia de nuestra patria o por la historia de la humanidad, por los sucesos acaecidos en su tiempo de vida. Esta característica se dará a partir del testimonio oral recogido por el mismo o en base a sus lecturas de libros, periódicos. Un libro que lo marcará será *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco. Dos ejemplos patéticos, tan reales como universales, se perciben en las obras “La Inmolación de Hiroshima” y “Escaramuza en el sitio El Colorado”, hecho acaecido en 1813. En la primera obra, la escena es realmente cruenta, adolorida, con unas figuras lánguidas, lastimosas, horrorizadas ante la tragedia, el incendio, la sangre derramada. Las figuras se presentan desnudas o semidesnudas, descabezadas, hieráticas que hacen recordar la muerte, la desolación, el holocausto y la miseria humana. Tan terrible es esta obra como el “Güernica” de Pablo Picasso, o “El Grito” de Munch, tan o más fuertes que otras obras pintadas en diversas épocas, por diferentes artistas. Valero consigue impactar y llamar la atención sobre este hecho humano y nefasto a partir de las figuras superpuestas, encaramadas las unas sobre las otras, con miembros encontrados por doquier,

con rostros cuyas expresiones se mueven entre la vida y la muerte, con expresiones que reclaman fehacientemente por qué se les ha excluido de este mundo terrenal de forma violenta y nada natural. Todo ello se debe a la conciencia histórica que desarrolló Valero y que la pintura sólo es un medio para protestar, para reclamar, para decir, nunca un fin en sí misma. De igual manera Valero se vale de la escritura para explicar todo este drama y este cuadro en el texto “Significado del Cuadro de la Bomba Atómica de Hiroshima” (pp. 225).

En la otra obra existe un canto hacia la épica, hacia los valores patrios, hacia la gallardía, la valentía que reivindica el hecho guerrero, celebrado en la provincia, en la lejana provincia de Trujillo, conectada con la gesta emancipadora, con la historia grande de Venezuela, por lo que se adelanta a hacerle un reconocimiento a un hecho acaecido en Escuque, en Trujillo. Aquí la movilidad virtual se consigue debido a las múltiples escenas o situaciones planteadas, a manera de película; vemos otra vez la relación entre oralidad, literatura oral, historia y pintura, como hechos dentro de la visión holística y el imaginario artístico de Salvador Valero. Este también se interesará por la historia de los indígenas, de los timotocucicas, nuestros antepasados, con sus mitos, con su diosa Icaque, como lo podemos ver en el libro de Contramaestre. Este interés por la historia por supuesto que tiene que ver con sus reflexiones, su manera de ver al mundo, su concepción de la justicia social, sobre todo con su conciencia como hombre de su época que deploraba el imperialismo, figuras como a Truman y que sabía de la importancia de la celebración del Primer Congreso Cultural, celebrado en Cabimas, en diciembre de 1970, al cual envió un mensaje que se recoge en este libro (P. 135).

Amor e interes por el arte

Salvador Valero tomó interés por el arte, por la pintura desde los 12 años, cuando sólo la tradición de los imagineros (o de sus herederos) podía enseñarles más bien de la tradición. Se nombra a los pintores Guillermo Montilla y Ángel María Cuevas como sus profesores o guías, mientras que en la tradición de los imagineros, sin relación directa con Valero, podríamos mencionar al artista de Carache José Juan Rodríguez y al merideño del siglo XIX Rafael Antonio Pino, importante baluarte de todos Los Andes, a quien le he seguido la pista durante 15 años y quien dejó obras diseminadas desde la

lejana Cúcuta hasta Caracas. Pero Salvador Valero también se interesó y cultivó las artes gráficas, la xilografía, el linóleo y sobre todo la fotografía, amén de la pintura. Por ensayo y error pintaría y también viendo reproducciones de libros de grandes maestros como Durero o como Leonardo Da Vinci. Esto último lo intuyo por cuanto Valero llegó a utilizar una serie de retratos de corte renacentista, en tanto agigantaba la figura principal, para dejar un espacio, un paisaje en perspectiva, de menor importancia, en cuanto a los volúmenes, a las masas virtuales distribuidas en los cuadros. Así lo podemos observar en su “Autorretrato”, en “La Niña Reina”, en “Cara de muchacha inolvidable”, incluso en “La Mohana” o en otras obras más, lo que da pie para pensar que Valero estudió este tipo de perspectiva.

Sin embargo, no habría que ver en Salvador Valero a un hombre interesado por la pintura como un fin en sí misma, así como no hay que verlo como a un cultivador de la oralidad per se. Estos son medios más bien para expresarse, para decir lo que su caudal pensante siente, vive. Así lo hará también cuando crea por ejemplo reflexiones acerca de lo que él llamó casualismo, dentro de las artes, donde podía reunir a las nubes, un hierro viejo, una pared derruida, un árbol de corteza dura y añeja, pero donde podía aparecer una imagen o varias a la vez, para referirse además a Kandinski, Picasso, Braque, Da Vinci, Dalí, o a la imaginación y leyenda de los pueblos del mundo, incluyendo el de Escucque, El Tocuyo o México. Valero representa más bien un puente entre la cultura de de los pueblos y su sabiduría autodidacta, que la da a conocer mediante el legado de la pintura, del cuento, de lo narrado o recogido. Ahí reside además el carácter holístico de su creatividad, de su imaginario artístico, que aportará, en el transcurso de los años a Venezuela y particularmente a Trujillo.

Pero todo ello le proporcionará a nuestro artista a carta cabal una conciencia histórica y una conciencia del momento en que le corresponde vivir, caracterizada por su visión crítica de las situaciones, de los pareceres, del ideal bolivariano, tan vilipendiado en estos días nuestros.

Amor por la naturaleza y el trabajo

Salvador Valero, desde muy corta edad sentirá un gran amor por la naturaleza (como lo hace saber en su biografía), por el contacto con los animales (cuando los pájaros solían posarse en las matas de café, p. 31), las

flores (siendo niño, lo adornaban con flores y se sentía orgulloso, p. 31), las plantas, la agricultura, el huerto familiar. Valero llegaría a expresar que su dicha espiritual era la de contemplar las maravillas de la naturaleza, como mirar un cielo estrellado, una noche de luna clara, algún atardecer o anochecer, las visiones que podían producir las montañas, las rocas, los árboles, el sol, las fuentes, los pájaros (p. 37). Todo ello, como han visto y verán se refleja además en su pintura, como en “Un Milagro de José Gregorio Hernández”, “La Quema de Judas”, “Haciendo hallacas para la nochebuena”, en las obras referidas al Niño Jesús, o como en las pinturas “Nocturno” y “Una Noche en los Andes Venezolanos”, donde a pesar de la oscuridad, destaca el paisaje, un cierto lirismo y nostalgia devenido de su alma, un interés por la luna. En “Ritual a la Aurora”, Valero le canta a la naturaleza, a través de la mujer, como icono y sujeto realmente importante para su imaginario artístico. Y hay una figura emblemática que en muchos cuadros aparecerá: es la figura del gallo, como símbolo de esperanza, de gallardía, de vigilia, de protagonismo, de reinado y de canto, como es el caso de “El Regreso de los Cantores”, donde estos son figuras minúsculas ante la avasallante presencia del gallo, de la naturaleza y del paisaje. Recuerden que este símbolo también aparecerá por dos veces consecutivas en “La Mudanza del Encanto”. El amor al trabajo le vendrá a Valero por la misma curiosidad de la vida y por herencia colectiva e individual. Trabajo como manera de realizarse, de ser creativo, de investigar, como cuando investiga y estudia el origen del chimo en nuestros Andes, o cuando toma fotografías, estudia las plantas medicinales, realiza un grabado, oye y se graba un cuento. Es decir trabajo que no enajena, que es creativo, que es parte de la vida del hombre, como forma de ser, como manera de proyectarse y de sustento.

A manera de conclusión

Así hay muchos elementos y caminos que podemos examinar en la vida y obra de este venezolano y trujillano ilustre. Debiera ser siempre de manera global, completa, dinámica, de una relación gestáltica con el todo, con el universo que su Escuque, su Valera, su Trujillo, su Venezuela, su América Latina, su mundo. Valero nos dejó un legado maravilloso de sabiduría popular, de grandeza espiritual, de profundos conocimientos sencillos, amén de preservar toda una magnífica herencia del hecho artístico siempre ligado a la vida.